MIGUEL ABUELO

El paladín de la libertad

Juanjo Carmona

Planeta

MIGUEL ABUELO

El paladín de la libertad

Juanjo Carmona

Planeta

1

Primer *round*

Oye niño no te dejes
Haz tu cabeza estallar.
Todo lo que ata es asesino
Todo lo que ata no es la paz.
"Oye niño", Miguel Abuelo.

La realidad nos pone a prueba desde el momento en que nacemos. La suerte hace que algunos tengamos la fortuna de llegar a un mundo ordenado y otros cuenten con una dicha diferente. "Mis orígenes son populares; infrapopulares, diría yo. Mi mamá contrajo tuberculosis en el año 1946, justo cuando yo nacía. Yo era hijo natural y la echaron de todos los trabajos; y como todavía no se había descubierto el bacilo de Koch, o sea la manera de prevenir la tuberculosis, a ella la internaron en el Tornú y a mí me mandaron al preventorio Roca, que está en Jonte y Segurola, y que todavía es el reformatorio para menores"[1].

Miguel fue el segundo hijo alumbrado por Virginia Peralta, una hermosa mujer de rasgos criollos oriunda de Salto, en la provincia de Buenos Aires. Había llegado a la capital buscando un empleo, intentando esquivar la chatura de su pueblo natal y se encontró envuelta en una realidad difícil. Tuvo un novio que desapareció después de que ella quedara embarazada de Norma, su primera hija. Virginia era excepcionalmente fuerte, dueña de una postura estoica, propia de la gente de campo, que le permitió afrontar los obstáculos que tempranamente le colocó por delante la vida, sacando pecho en la adversidad. En aquel tiempo, ser una madre soltera era una segura descalificación laboral y le costó bastante poder encontrar un empleo con el que sostenerse.

Miguel heredaría mucho de su templanza, además de su apellido. Llegó al mundo el 21 de marzo, coincidiendo con aquel terrible otoño de 1946, que para su madre fue una pesadilla. A las pocas semanas del nacimiento de su segundo hijo, Virginia contrajo tuberculosis: la enfermedad de la pobreza. Al regresar al Hospital Tornú, donde dio a luz a Miguel, tuvo que atenerse al protocolo que indicaba el aislamiento de la madre con sus hijos para prevenir el contagio. Norma consiguió un lugar en la casa de unos parientes, pero para Miguel, a pocos días de haber nacido, no hubo otra opción que el preventorio de madres tuberculosas Manuel Roca, ubicado en el barrio de Devoto.

No hay datos ciertos que puedan establecer el tiempo de internación de Miguel Ángel Peralta en el preventorio, porque los archivos del lugar se perdieron en 1973, cuando el establecimiento dejó de ser dirigido por la congregación de monjas y se transformó en el Instituto de Menores Manuel Roca.

Buena parte de la infancia de Miguel transcurrió en aquel lugar, y allí aprendió a caminar, a hablar y, bastante temprano, despuntó su vocación de niño travieso y rebelde. Las Hermanas Adoratrices, con poca paciencia para la pedagogía, dirigían el establecimiento con mano de hierro a fin de hacer respetar el estricto orden del internado. Las reglas rigurosas no hicieron más que fomentar el mal genio de Miguel, que se empeñaba en transgredir todo límite, a veces de maneras insólitas. La única solución que encontraron las monjas fue enviarlo a visitar al director del establecimiento, el doctor Homero Gómez, que descubrió que Miguel era distinto: tenía un brillo especial en sus ojos y una mirada llena de intensidad.

Con la habilidad de años en su cargo, el doctor Gómez se mostró amable y paciente con el pequeño demonio, y poco a poco logró quitar el caparazón que hacía rudo a Miguel, esa coraza que una vez desmontada dejó al descubierto a un chico tierno y simpático que solo buscaba sentirse querido. Así, Homero Gómez se convirtió en el primer amigo que Miguel Peralta tuvo en este mundo y, con el paso de los días, terminaría siendo su padrino.

"En el reformatorio estuve hasta los cinco años –aseguró Miguel–, y como era muy simpático, inteligente, divertido y lindo, el director del colegio me adoptó con su señora, y así estuve con ellos hasta los doce años, época en que comencé a vivir con mi mamá". Antes de iniciar su educación primaria, Miguel comienza a convivir con el matri-

monio mayor en una lujosa casa de la calle Constitución, en el barrio de San Telmo.

Chocolate Fogo, sobrino de Miguel, afirmó: "En mi familia no se toca el tema, hay un gran silencio. Miguel terminó viviendo ahí hasta los diez años y mi vieja se hizo cargo de él cuando fue mayor. En su momento, él tuvo una madre sustituta que era Mamá Lilí, y tenían mucha plata. En cambio, mi abuela la sudaba y como laburaba de mucama con cama adentro, no podía hacerse cargo de él".

Virginia, la madre de Miguel, recuperó su salud gracias a la aparición de la penicilina, y apenas pudo, intentó reconstruir su hogar yendo en busca de sus hijos, pero al ver el confort en el que vivía Miguel, su habitación delicadamente decorada y toda la dulzura que recibía de Mamá Li –como él llamaba a su madre adoptiva–, creyó que lo mejor era encontrar un trabajo estable antes de reunir a todos bajo un mismo techo.

El niño Miguel Ángel era dueño de un rostro sencillo y agradable, con ojos marrones y una sonrisa ancha, que conformaban un todo sumamente expresivo. Aunque no era precisamente un angelito. Si bien su carácter mejoró bastante desde que inició una nueva vida con el matrimonio Gómez, se trató de un cambio exterior: por dentro siguió cargando un dejo de odio que le duraría buena parte de su vida. Los problemas de conducta fueron muy frecuentes y complicaron tanto sus estudios académicos como los religiosos.

Por lo demás, su existencia fue bastante similar a la de cualquier chico de su edad: tomó la comunión, jugó con los vecinos, fue al cine y al teatro con sus padrinos, y disfrutó de las vacaciones en el mar. Los paseos que realizaba sábados y domingos hasta la casa donde vivían su madre y su hermana, comenzaron a alargarse y llegaron a durar semanas. Era claro que Miguel sentía un amor muy fuerte hacia su madre, y ya a punto de cumplir los nueve años, reclamó estar con ella.

Al mismo tiempo, Miguel comenzó a desarrollar una veloz sociabilidad en el barrio donde vivía su madre, convirtiéndose en una temible mezcla de cabecilla barrial y terrorista callejero. La casa de la calle Italia 4406 de Munro se transformó en el epicentro de sus fechorías, y los vecinos se sorprendieron al ver con qué facilidad Miguel se relacionaba con pillos callejeros más grandes que él. Por otra parte, cuando finalmente Miguel se mudó con su madre, se generó

una situación paradójica: el gran esfuerzo que ella hacía para que nada les faltara a sus hijos, despertó en Miguel la sensación de que también podía ganar dinero y ayudar. Como si fuera algo normal, un día le ofreció al lechero ayudarlo en su reparto diario de bidones. El lechero lo contrató y Miguel comenzó a recorrer las calles de Munro subido a su carro. Pero la experiencia no duró demasiado tiempo porque su madre lo obligó a renunciar. Virginia creía que era muy chico para trabajar, y tampoco parecía gustarle esa cosa de que un niño anduviera todo el día rodeado de gente más grande.

Pero Miguel era indetenible. Su popularidad iba en aumento y creció aún más después de conmocionar al barrio un día de 1956 en el que todo cambió para él, con apenas nueve años recién cumplidos. Nadie fue capaz de percibir en ese momento que la sorpresa que había preparado en el baldío ubicado en la esquina de Gervasio Méndez e Hipólito Yrigoyen estaba marcando el inicio de una enorme carrera artística. Miguel y sus amigos invitaron a todos los vecinos al lugar para presenciar una pequeña maravilla: un circo montado con arpilleras y cajones de fruta prolijamente ordenados a modo de butacas. Incluso su madre y su hermana tuvieron que pagar la irrisoria entrada que acreditaba el acceso al mágico espectáculo que hoy puede considerarse su debut sobre un escenario.

El primer número circense tuvo como protagonistas a Miguel y un perro del barrio, al que el pequeño intentó hacer pasar a través de un aro de fuego. El perro, asustado, se resistió. Luego de varios intentos, aceptó por fin realizar la hazaña por única vez, pero los aplausos precipitaron su huida, impidiendo que terminara el número según lo planeado: sentado y dando la patita. El *show* continuó con "el Calabrés", un compinche varios años mayor, que masticaba hojas de afeitar mientras Miguel caminaba con las palmas de sus manos. Para terminar el programa, que nada tenía de improvisado, reservaron el acto más difícil y peligroso: convertir al Calabrés en un lanzallamas humano. Para este acto, Miguel le acercó una botella con kerosén, que su amigo bebió a sorbos. El Calabrés hizo un prolongado buche que arrancó un suspiro entre el público mayor; luego, Miguel encendió la antorcha, la puso frente a él, pero su compañero escupió el líquido sin fuerza. El resultado fue una lluvia de fuego que cayó sobre las arpilleras, lo que inmediatamente provocó un incendio que hizo que el público se dispersara con rapidez.

Desde aquella tarde, Miguel quedó consagrado como el niño más popular del barrio. El más querido, y el más odiado también.

De niño, las diabluras siempre lo llevaron más lejos de los límites de su pequeño mundo, y el anhelo –y la necesidad– de obtener dinero lo embarcó en nuevas travesías. Como aquella que emprendió con dos amigos para formar una sociedad y dedicarse a vender sandías por la calle. Uno de ellos aportó un carro tirado por caballos, y los otros sumaron sus escasos ahorros para comprar en el mercado de Colegiales las frutas que luego vendían en La Lucila, Olivos y Munro. Pese a que tenían excelentes ventas, cuando la madre de Miguel se enteró de la empresa infantil, se puso firme y le exigió que abandonara la calle y volviera al colegio. Miguel detestaba estudiar, aborrecía la escuela, le parecía un lugar aburrido y prefería el ámbito callejero, donde podía aprender a vivir cosas muy diferentes. Por supuesto, eso se manifestó en su rendimiento académico: repitió de grado varias veces y los cambios de colegio fueron una constante.

"A los diez años me echaron de todas las escuelas del Estado –evocó Miguel sus años rebeldes e indisciplinados–, porque le pegué una paliza a la directora, después de que ella me había pegado a mí, por supuesto". Su hermana Norma coincidió en que "nunca quería ir a la escuela, atorranteaba todo el día por la calle, y mi madre y yo teníamos que ir a buscarlo y traerlo a la fuerza. Nos costaba mucho retarlo porque era muy simpático y divertido".

En uno de esos tantos colegios por los que desfiló, logró convencer a sus maestros de que poseía una tradición familiar folklórica y que era experto en zapateo. Tal vez la sensación de haber sido aplaudido sobre aquel modesto escenario montado por él mismo en el baldío, le sirvió como excusa para mandarse con una mentira semejante. "Nosotras no entendíamos nada –asegura Norma–, porque la maestra le encargó a mi madre que le hiciese un traje de gaucho para que pudiera actuar en un acto escolar y mostrarle a sus compañeros lo que sabía de folklore. El día del acto nos dejó totalmente sorprendidas porque bailó como si verdaderamente supiera hacerlo".

Tanta audacia, creatividad y decisión tenía, sin embargo, su lado oscuro. Ese niño rebelde que sorprendía a todos con su dulzura y hasta con su mal genio, cargaba con una poderosa confusión en su interior. Su madre no sabía cómo manejar las preguntas que Miguel comenzó a hacerle sobre su padre; su carácter reservado y las costumbres de la época hicieron que Virginia extendiera un manto de silencio sobre la existencia del hombre en cuestión. Pero Miguel necesitaba respuestas, y volvió una y otra vez sobre el asunto, lo que terminó generando tensión entre madre e hijo, e inevitablemente resintió el rendimiento escolar. Así, al no poder obtener respuestas, Miguel comenzó a resolver sus enojos con frecuentes desapariciones de su hogar en Munro. El doctor Homero Gómez era lo más parecido que tenía a un padre y, por lo tanto, no vaciló en acudir a él. Este, por su parte, trató de ayudarlo a superar la angustia que giraba en torno a la figura paterna ausente.

Las peleas de Miguel con su madre serán una constante a lo largo de toda su vida. Quizás Virginia haya sido su primer *sparring*, con quien aprendió a combatir pegando donde duele; el abandono de la escolaridad y la búsqueda de un empleo pueden haber sido un modo de desafiarla. Finalmente, Miguel se salió con la suya y consiguió un trabajo cuando cumplió trece años. Se juró no volver jamás al colegio, aunque todavía no tenía quinto grado aprobado. Sin embargo, esto no fue un obstáculo para comenzar a trabajar en el correo y que le dieran un traje de mensajero. Su labor consistía en repartir cartas y telegramas en el barrio, cosa que hizo durante algunos meses hasta que las peleas con sus compañeros precipitaron su despido. La leyenda asegura que lo pescaron abriendo los telegramas y entregándolos de acuerdo con su importancia. Por supuesto, ese criterio no fue compartido por su jefe –un hombre que le llevaba treinta años–, que no tuvo otro recurso más que despedirlo cuando al confrontar a Miguel, este lo desafió con los puños.

"Estaba muy violento y empezó a practicar boxeo", recordó Norma, haciendo referencia al tiempo en que su hermano se anotó en el club Santa Paula de Florida para aprender a pelear profesionalmente. Fue la primera vez que se interesó por la práctica de un deporte desde que abandonó los partidos de fútbol en Parque Saavedra, a los que consideraba aburridos y faltos de acción. La verdad es que Miguel no tenía habilidad futbolística, y el hecho de no tener contacto con la pelota, hacía que no se divirtiera.

Sus profesores de boxeo encontraron en Miguel una mirada perversa, llena de odio, y más temprano que tarde le aconsejaron que se cambiara a un club de más categoría en el que pudiera desarrollar una verdadera carrera profesional. Cosa rara en él, Miguel les hizo caso y gestó su traspaso al club Colegiales de Munro, de mejor fama. Allí encontró boxeadores de renombre, como Juan Ferreiro, Pedrito Parada y el campeón sudamericano Roberto Arturo, que entrenaban a la par.

En ese lugar, Miguel forjó su personalidad de "negrito peleador" –como se definió en varios reportajes–, y en el *ring*, descubrió un nuevo escenario, que le devolvía la adrenalina que había sentido unos años atrás en el enclenque tablado sobre el que erigió su circo de aficionado. Fue una cuenta fácil para alguien con sus recursos: subir, recibir aplausos y ligarse un par de golpes para hacerse famoso. De alguna manera, era un camino y se determinó no desaprovechar la oportunidad. Se inscribió en varios torneos oficiales y en febrero de 1962, viajó con su club a Baradero, para cumplir con tres fechas del certamen nacional. Según él mismo contó años más tarde: "Gané las dos primeras sin problemas, pero al llegar a la tercera, me abandonó la suerte y logré ver las estrellas sin telescopio".

Norma confirmó las palabras de Miguel. "Con mi madre estábamos muy disgustadas porque él se iba con uno de esos boxeadores de barrio, medio borrachos, que le insistían para que peleara. Por suerte le duró poco porque una vez fue a pelear a un lugar donde le dieron una paliza tremenda, y de ahí en más no volvió al club". Su familia celebró la decisión de Miguel de abandonar la práctica de boxeo.

Pero sin pelear profesionalmente, Miguel se quedaba sin la chance de ganar dinero, algo que le era absolutamente necesario. Se puso a buscar empleo y, pese a sus malos antecedentes, consiguió un puesto de vendedor en una quesería del mercado de Munro. Había un solo inconveniente: le exigían los estudios primarios completos. Miguel no los tenía, y esa necesidad lo impulsó a escuchar los consejos de su padrino. Es así como a regañadientes aceptó terminar la primaria en un colegio de la calle Vélez Sarsfield. De todos modos, el trabajo no le duró demasiado y lo despidieron por dar mercadería de más a los clientes. La inesperada libertad laboral lo llevó a vagabundear por la ciudad, no siempre en buenas compañías, y sus

coqueteos con la marginalidad afectaron su carácter, tornando más difícil tanto la relación con su madre como algún tipo de inserción en la sociedad.

Una vez más, fue Norma quien trató de darle una mano, de sacarlo de las calles, y para eso lo incorporó a su círculo de amigos, con el que soñaba armar un proyecto teatral independiente. Ella también tenía su propia lucha por salir adelante junto a compañeros tan humildes como ella, pero sus armas eran diferentes. La curiosidad natural de Miguel lo llevó a interesarse por esas charlas y lecturas en voz alta. Su debut actoral fue memorable y todavía le causa gracia a Norma. "Alguien había llevado un libro de Shakespeare y cuando le llegó el momento de leer, Miguel sacó pecho, levantó la mano y se mandó: 'Y como dijo Equiáspere'. El grupo entero comenzó a reírse sin parar y por un buen tiempo, Miguel fue Equiáspere. Pero lo más cómico era que él no entendía de qué se reían".

"Mi hermana era amiga de gente de teatro –recordó Miguel–; poetas y escritores, básicamente. Todos ellos leían libros y se inspiraban. Mirándolos se me despertó ese espíritu libertario que da derecho al pensamiento". Ese espíritu había sido cultivado por su familia, interesada en promover el desarrollo intelectual de Miguel. Desde pequeño, su madre le recitaba poemas clásicos antes de dormir, y en la casa siempre había algún libro para interesar a sus hijos en el hábito de la lectura. Miguel se negó de plano a esas inducciones, pero de a poco y en secreto, comenzó a prestarle atención a los libros. Y así, su vida cambió para siempre. La lectura se volvió su principal ocupación, sobre todo las novelas de aventuras y la poesía en general. Pero no vinieron solas: la magia de la radio le activó el nervio musical y le hizo prestar atención a las guitarras del tango y a los diversos estilos folklóricos que propalaban las emisoras de la época.

Ese nuevo vínculo con el arte favoreció su relación con los demás. No mucho, pero algo era algo; sus poros se volvieron más permeables y de a poco comenzó a sentir momentos de inspiración, epifanías que volcaba en un cuaderno. En la temprana adolescencia, Miguel descubría su alma de poeta.

"El primer poema lo escribí a los quince años y hablaba de Caín y Abel –recordó–. Yo no sabía quiénes eran, solo que uno había matado al otro. Entonces terminé el poema diciendo: 'Somos todos argentinos, no somos Caín ni Abel'".[2]

En el albor de los sesenta, Norma Peralta se incorporó a los ensayos de Nuevo Teatro, uno de los grupos independientes más importantes del momento. Miguel no demoró en seguirla, aunque al principio solo iba a husmear, a divertirse y a ofrecer su colaboración. "Me ponía contenta al verlo llegar –dice Norma–, porque no me gustaba que anduviera vagoneando por ahí. Por aquel entonces, la prestigiosa actriz y directora María Escudero,[3] realizó una selección entre todos nosotros y armó un grupo de trabajo de pantomima, y Miguel, pese a no ser parte del elenco, quedó entre los seleccionados". Esos ensayos fueron providenciales porque otro actor y director, Andrés Turnes, presenció uno de ellos y quedó sorprendido con el joven actor. De inmediato, le ofreció un papel especial en su nueva obra. "Andrés Turnes lo descubrió cuando estaba buscando un actor para una nueva obra: *Las aventuras del conejo blanco* –confirma Norma–. Todos quedamos sorprendidos porque se trataba de un proyecto importante". Ese espectáculo permaneció varias semanas en cartel en un teatro céntrico, y los elogios de la crítica fueron de gran ayuda para que la obra participase del Festival Nacional de Teatro Infantil que se realizaba todos los años en la ciudad de Necochea.

En la interpretación del papel del Conejo Blanco, Miguel puso de manifiesto todo el talento escénico que tenía dentro de él, y al concluir las presentaciones de la obra, otro director le ofreció un nuevo trabajo. Félix Pelayo necesitaba un actor joven para su obra *Plum, el aventurero*, y el papel parecía hecho a medida para Miguel, que un poco se sentía como un protagonista de su propia trama. Si bien el argumento era un poco infantil para su gusto, terminó por ser una buena experiencia para Miguel, y participó de buen talante en aquel espectáculo que se montó en el teatro Auditorium entre el 13 y el 21 de enero de 1965.

Hubo un dato fundamental que sumó una nueva vuelta de tuerca que definió el carácter artístico de Miguel: en *Plum* debía tararear una canción. Y la idea se le incrustó en la cabeza, a lo que se sumó la influencia de su hermana, que trató de interesarlo en esa nueva aventura

que, a la larga, resultaría la más durable. "Mi hermana cantaba folklore –dijo Miguel en una excelente entrevista con *Expreso Imaginario*–, y algo de *bossa nova*. En esas reuniones de amigos, la gente me hacía cantar a mí también. Pero yo no me daba cuenta de que cantaba bien; como a la gente le copaba, me fui entusiasmando más por el afecto que por el canto en sí. Así que seguí haciendo *afectos* […] Cantaba de todo; desde Antonio Prieto hasta Ariel Petrocelli y el Cuchi Leguizamón. Sanateaba cosas en inglés, como 'Only You', temas de Chubby Checker, Elvis Presley o Paul Anka. Como todo el mundo, estaba influenciado por la radio".[4]

Era inevitable que los hermanos Peralta armaran un dúo folklórico y prepararan un buen repertorio basado en temas tradicionales para salir a recorrer las peñas. Entre las diez o doce canciones que ensayaban, hubo tres que golpearon a Miguel de manera muy especial por su poesía, y desde entonces, jamás dejó de interpretarlas: "Vidala del angelito", "El antigal" y "Vidala para mi sombra", canciones que –según cuentan– "nadie podrá interpretar mejor que él". Pese a que siempre las cantaba, nunca llegó a dejar un registro grabado de estas y otras piezas folklóricas que integraron un repertorio que lo acompañaría hasta el final de sus días.

En una de las presentaciones de Los Hermanos Peralta en la peña de Munro, "que no fueron más de tres o cuatro" de acuerdo con la versión de Norma, una señora, visiblemente emocionada por sus voces, se ofreció para ponerlos en contacto con Jaime Torres. A la mañana siguiente, esa mujer pasó a buscar a los dos hermanos y los llevó al centro, donde vivía el enorme charanguista, que los escuchó cantar y también se sorprendió por el caudal vocal de ambos. Jaime les pidió que le preparasen un repertorio y prometió su ayuda. Pero Miguel era una bomba a punto de explotar y la ansiedad por comerse la vida lo llevó a desaprovechar esa oportunidad.

Fue, de lejos, la etapa de mayor confusión en su existencia. Surgió en él un descreimiento total hacia el mundo. Como buen adolescente curioso, no se conformaba con lo que la sociedad le mostraba y le imponía como verdad, entonces se propuso hallar algo más detrás de los decorados inútiles. Se sumergió en el ambiente artístico que en los sesenta navegaba por la calle Corrientes, y devoró los libros de Roberto Arlt, Franz Kafka, Hermann Hesse y Leopoldo Marechal, que le sacaba a su hermana. Buscaba algo sin saber bien qué, y la situación

lo desesperó. Su ansiedad quedó reflejada en uno de sus cuadernos de aquel tiempo, donde escribe:

Perdóname Miguel a mí mismo
Torpe marioneta sin raíces
Loco
Borracho
Tan brutal con mis pies sobre la tierra.[5]

Intentó mitigar sus ansias de saber con frecuentes visitas a la Facultad de Filosofía y Letras, donde cursó algunas materias como oyente con doble intención: expandir sus conocimientos y disfrutar del contacto con el sexo opuesto. Por esa época, descubrió en el alcohol, sobre todo en el vino, un nuevo refugio para sus propios planteos. Su carácter agresivo empeoraba día a día.

"Nosotras quisimos mandarlo a un psicoanalista para que no fuerza tan zarpado –recordó Norma–, pero la única vez que conseguimos que fuera a uno, volvió a casa diciendo que ese gordito de anteojos con cara de tarado no le iba a decir todo lo que él ya sabía de sí mismo".

Las peleas con su madre se acentuaron y el problema era siempre el mismo: el estudio. Miguel quería saber, pero no quería estudiar. Sus padrinos, que financiaron sus últimos años de la primaria, también lo persiguieron con planteos sobre el futuro y lo estimularon para que terminase el secundario, con la remota idea de que en algún momento pudiera alcanzar el título de médico. Tal situación terminó por irritar definitivamente a Miguel, que rechazó todo planteo del mundo adulto y terminó por irse a vivir con su hermana y su marido a la casa que ambos habitaban en Carapachay.

Corrían los años sesenta. La época se convulsionaba y Miguel también. Quería huir de los dogmas sociales que atrapaban a los jóvenes y limitaban sus experiencias, soñaba con viajar, conocer gente nueva y ver más allá de donde la sociedad le permitía a un joven de su edad. Se encontraba en la flor de la edad. "A los 18 años yo estaba mezclándome en muchos mundos con la confusión normal y con la fuerza natural de una persona que tiene la capacidad de salir de situaciones adversas. Viajaba por todo el país. Me fui a Salta, recorrí todo el norte; me acuerdo de que viajaba con gente muy muy muy estrafalaria. Muchas

veces nos encanaban. Por nada, no sé, nos encanaban cinco días, nos verdugueaban y seguíamos".

Pero en uno de esos viajes le sucedió algo que impondría un nuevo camino en su vida.

1. Reportaje para el diario *Tiempo Argentino*, 1985.
2. Reportaje de Pipo Lernoud para *Expreso Imaginario*, 1981.
3. María Escudero (1926-2005) fue una actriz y directora reconocida en todo el continente, que tuvo entre sus maestros al célebre mimo francés Marcel Marceau. Fue militante del Arte en Libertad.
4. Entrevista de Claudio Kleiman para la revista *El Porteño*, junio de 1982.
5. Escrito inédito de 1965, extraído del Suplemento "Joven" del *Diario Sur*, publicado el 22 de febrero de 1990.

Plum, El Aventurero

Comedia Musical para niños original de **FELIX M. PELAYO** y **LILIANA PAZ**

REPARTO

ECUMENICA	Lidia Morrison
CATAPLUM	Toty
RATAPLIM	Dayna Mann
LAUCHIRON	Amalia D'Munt
PLAM	Enrique Yane
PLEM	Roberto J. Caso
PLIM	José L. Fernández
PLOM	Héctor Rocha
PLUM	Miguel A. Peralta
RATONICA	Blanca Yerdier
CRI - CRI	Edith Costa
CRO - CRO	Elena Mercedes
MICIFUZ	Eugenio R. Tocco
ZAPIRON	Luis La Rocca

Coreografía	ANGEL PAVLOVSKY
Escenografía	JOSE NICOLAS SERGIO
Realización Escenográfica	SERGIO - DE LISA
Vestuario	LUIS LA ROCCA
Realización del vestuario	Modas POCHA
Asesora de Canto.	CLAUDIA KNELER
Asistente de Dirección	EDITH COSTA

Programa de la obra *Plum, el aventurero*. Archivo: Juanjo Carmona.

Miguel de niño, cuando era empleado del correo.
Gentileza: Fundación Miguel Abuelo.

Tres Calificados Conjuntos se Han Reunido para Ofrecer Desde Hoy un Variado Programa

LOS TITERES DE JAVIER VILLAFAÑE, EL TEATRO "EL BICHO CANASTO" Y LAS MARIONETAS "CO-ETI" EN EL TEATRO-CARPA DE VILLA DIAZ VELEZ

Andrés Turnes (abajo, izquierda) en su aplaudida animación de uno de los personajes de la reidera pieza "Las aventuras del conejo Blanco", que durante el Tercer

Recorte de diario sobre *Las aventuras del conejo blanco*, 1964.
Archivo: Juanjo Carmona.

LOS NIÑOS Y EL TEATRO

Cada fin de semana crece el público infantil que acude a los teatros porteños, según lo confirma la estadística. Los sábados y domingos se representan obras para niños en 19 teatros, y aunque no todos muestran una excepcional calidad, les anima un mismo espíritu de brindar espectáculos sanos que no deformen con violencias ni malos ejemplos las mentes infantiles. Y el público, es lógico, responde... Entre los más acertados encontramos "Doña Disparate y Bambuco" (San Martín) y "Las aventuras del Conejo Blanco" (Nuevo Teatro).

El Conejo Blanco cazó al Zorro. Les dan vida Andrés Turnes y M. A. Peralta.

Crítica de la obra *Las aventuras del conejo blanco*, 1964.
Archivo: Juanjo Carmona.

Miguel a sus diez años en la terraza de su casa de Munro.
Gentileza: Fundación Miguel Abuelo.